



[www.traditio-op.org](http://www.traditio-op.org)

*Fray Mario José Petit de Murat, O. P.*

Meditaciones  
de  
Navidad

Ediciones del Archivo de Pascual Viejobueno

2015

## Presentación

Conocida es la labor apostólica del Padre Petit de Murat. Nos hemos ocupado de ella en trabajos anteriores.

En este opúsculo presentamos dos trabajos del insigne dominico: uno, el “Retiro de Navidad”, predicado en 1952, en Tucumán, destinado originariamente a un grupo de mujeres pero que puede ser aprovechado por todo hombre de buena voluntad. Son enseñanzas y consejos espirituales, verdaderas saetas dirigidas a iluminar la inteligencia y mover la voluntad de los fieles a recorrer caminos de perfección.

Este retiro fue publicado por vez primera en 1984, por el “Grupo de estudios del Tucumán Fray Petit de Murat”. Viene a ser ésta, entonces, la segunda edición.

El segundo trabajo, “Soliloquios de Navidad”, consta de tres partes: la primera, titulada “En Buenos Aires”, la segunda: “El pesebre”, y la última: “Tres llamamientos” (en la Epifanía del Señor). Todos ellos, trabajos escritos, largamente meditados, conforman una trilogía aunada por un mismo hilo conductor. La segunda y tercera parte fueron publicadas en vida de Fray Mario Petit, en los números 3 y 4 de *El Rosario*, revista de la cofradía del Ssmo. Rosario del convento dominico tucumano, en diciembre de 1946 y enero de 1947, respectivamente. Si bien la primera parte (“En Buenos Aires”), anterior en el tiempo a las restantes, no fue publicada por el fraile, nos animamos a hacerlo puesto que, como dijimos, forma una unidad con

las otras dos y nos consta que Fray Mario siguió trabajando sobre ella, puliéndola, hasta fines de la década de 1960. Conservamos un cuaderno manuscrito por el P. Petit, donde agrupó estos pensamientos bajo el título: "La grieta en el muro. Soliloquios y oraciones".

En los soliloquios se nos revela el Mario Petit poeta. Ellos son fruto de una honda y extensa contemplación del misterio de la Navidad, volcados en un estilo de profunda belleza. Esplendor de la forma transmitiendo recta teología.

Roque Raúl Aragón en *La poesía religiosa argentina* (Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1967), traza una semblanza breve, sintética como toda antología, diciendo del fraile: "...Hizo poemas en prosa y hasta en verso. O en una prosa próxima al grado de combustión que, como un paso alegre que toma a ratos ritmos de danza, se hace verso/.../sus escritos rezuman la sapiencia atesorada en la meditación orante. También ha escrito teatro religioso (en prosa, pero prosa a trechos poemática)".

Ponemos a disposición del lector estos soliloquios, en su última versión, con la esperanza que nutra las almas para mayor gloria de Dios.

*Pascual Viejobueno*



Retiro de Navidad

## I

El Niño nacido en medio de la noche es el misterio final de la Redención. Todo lo demás; todas las purificaciones, las propias y las otras, aquellas que nos vienen de Dios, son sólo medios para llegar a descubrir esto: el Niño que se da es el misterio de la Recompensa. Es la expresión más cabal del amor de Dios a nosotros.

Estamos en un mundo muerto que nada puede darnos. Todas las cosas nos claman por vida. Dios nos creó y nos lo ha dado todo de tal manera, de tal manera lo ha puesto todo en nuestras manos, que se da Él mismo a nosotros, para que nosotros lo recreemos, dándole lo único que a Dios podemos darle: Dios mismo.

Somos el único núcleo viviente en la tierra porque sólo nosotros tenemos espíritu. Ningún otro ser puede contener a Dios: ni los animales, ni las plantas y menos todavía los cielos materiales, porque no tienen alma. Por eso descansó el séptimo día después de crear al hombre, porque ya tenía lugar de reposo.

El Niño nos muestra la calidad del amor divino. No es dureza, por eso no se muestra tirano. No es juicio, por eso no se muestra como juez. No es soberanía, por eso no lo vemos como rey que se impone. Es una cosa blanda, tan suave, tan entregada a nosotros como un niño. Así se dará Dios a nosotros en el cielo, para que lo abracemos. Como el niño se adapta al regazo de su madre, así se dará Dios a nosotros.

Tenemos que llegar, por las virtudes y las purificaciones, a ser nuevos en el seno de Dios. Correr distancias como los Reyes, sin trazar moldes ni caminos, que Dios tiene sendas distintas para cada alma; lo único que tenemos que cuidar cada día es el deseo de perfección. “*He venido porque eres varón de deseos*”, dijo el ángel a Daniel. Labrar cada día como una joya a nuestra única, que tiene que engarzarse en la Jerusalén celestial como una piedra preciosa.

Cada día que amanece es la inmensa oportunidad de ser mejores.

No basta encontrar a Dios en la Cruz y en la Resurrección. Tenemos que descubrirlo en el Pesebre, en ese Dios necesitado de nosotros, entregado a nosotros como un niño pequeño. No temamos a Dios, es Él quien nos llama. Si hay tan pocas almas que amen a Dios es porque se lo conoce como Creador, y no como Mendigo. Está en mi puerta y me pide le devuelva la honra. Está como ese niño abandonado en un umbral, sin nombre, esperando que lo levante y lo nutra. Así está Dios. No lo temamos.

No hay que escalar nada para encontrarlo, sino rendirse a ese amor que se da en silencio, dándonos todos sus poderes para que nosotros, hechos divinos, nos demos a Él y le devolvamos su gloria.

Dice San Juan que no se puede amar a Dios por sí mismo, sin amarlo en el hermano.

Hasta hoy no pude comprender esto, pues me decía: ¿Cómo no amar a Dios en Sí mismo, si es la cumbre de las aspiraciones de nuestra alma?

Pero ahora comprendo: Dios invisible es algo nuestro, creado por nosotros a nuestra manera, con nuestra mentalidad humana, por eso es tan fácil errar y se ha errado

tanto en esta concepción. Pero Dios es real y viviente y tenemos que encontrarlo en su trono que son las almas. Todo lo demás es espuma, decoración.

¡Cómo amaré Dios las almas que ha creado todas estas maravillas para ellas! ¡Cómo las ama, con ese amor palpitante que es capaz de hundirse en el abismo y en la muerte para rescatarlas! Aunque estén en el lodo, allí las buscará; Dios es amor. No es un frío orden del universo, sino Amor, Sabiduría que sabe darse. Por eso, para enseñarnos eso, se hizo Niño.

Ved esos Magos que corren a ver al Mesías. ¡Qué desilusión hubieran tenido si no hubieran vivido de fe, al encontrar ese Chicuelo en la paja! Si buscamos en nuestro hermano el brillo, mil veces se nos escapará el Niño, porque Él no brilla, está en un pesebre. Está como un niño necesitado en ese jugador de fútbol, en esa mujer que se cubre de lodo, en esa otra que nos parece poco inteligente. Porque toda alma es grande y nos necesita como un niño. ¡Qué maravilla encontrar a Dios como un gemido en las entrañas del hermano! Y cuanto más hundido está, más gime. ¡Cómo debemos sonreír, y cómo debemos mirar para levantar! Nadie se resistirá si encuentra en nosotros esa dádiva de Dios.

¡Cómo está la humanidad! El hombre desconoce su grandeza, pisotea sus prerrogativas. Está tan embotado, que no sabe lo que hace. ¡El hombre y la mujer ya no son hombre y mujer! ¡Cuánta carne entremezclada y descompuesta!

Pensemos que Jesús está aquí, ha venido expresamente a esta capillita para nosotros. En Nazareth estaba por dos: la Virgen y San José. Aquí, está sólo para nosotros, y está para algo. Yo me encargo de José, pero ustedes tienen

que ser María. María engendró a Jesús y el Niño creció magnífico en sus manos. Un grupo de ustedes tiene la dicha de estar en un completo silencio de adoración. Pero las otras, las que deben ir a los salones, deben ser una presencia constante. Estoy aquí, sé lo que quiero, lo que pienso, lo que hago, y todo en un gran reposo.

El hombre es soberano de todas las cosas. Todas fueron creadas para él, y debe usarlas como soberano y como dueño, jamás como mendigo, ya que ellas nada pueden darle.

Un gran vigor-longanimidad, que tanto falta en estos días. Los santos atravesaban por pruebas tensas, prolongadísimas, sin desfallecer, manteniéndose íntegros, serenos. Cuando el agua llegue hasta el cuello, que no cubra la cabeza. Mantener la paz.

Olvido de sí mismo. Los Reyes eran reyes y olvidaron sus reinos para correr por el desierto, al Pesebre. Si soy susceptible es que todavía soy esclavo.

Mirar cada día con simplicidad a Dios y ver lo que quiere de nosotros. Ser una pupila límpida, potente.

## II

El día se caracteriza por un despertar de todo a la vida. La aurora es un levantarse de la variedad. Con el sol se levanta y bulle la vida en sus más variadas manifestaciones. Estamos en medio de ellas; por eso nos pueden absorber las cosas pequeñas, aun en el orden espiritual.

En la noche, cuando todo calla, el hombre puede palpar su alma. La noche es eminentemente espiritual. Es esa danza de estrellas que son música y ese canto del agua que sube en el silencio.

En el alma, el día es la multitud de deseos que se encienden. La pasión es el resultado del torbellino de las cosas en nosotros. Las cosas exteriores no nos dañan jamás, sino las pasiones que se levantan a su contacto cuando les abrimos las puertas de nuestra alma.

Cuando todo se aquieta y aun la imaginación se ha apagado, aparece el esplendor de una noche radiante. Noche llena de luz. Los animales quedan no sólo sometidos, sino entregados. Por eso el Niño nace en la noche. Cuando las cosas oscurecen vemos al que está cerca de nosotros. Está esperándonos allí, en lo más íntimo de nuestra alma, en esa alma aterida que no conocemos. ¡Si supiéramos lo que somos jamás nos derramaríamos en las criaturas!

Es por eso que el punto final es el Pesebre.

La Redención es, en resumidas cuentas, una labor de la Gracia para devolvernos a nosotros mismos. Nos hemos disminuido tanto, que ha sido necesaria la venida de un Dios para rehacernos. ¡Cómo nos disminuimos en un recelo, en una susceptibilidad! ¡Un apego, cómo nos disminuye! Cuando amamos cosas muertas vamos a la muerte. Si amamos a Dios, nos acercamos a Dios. Es por eso que un Dios tuvo que padecer, porque era algo muy grande que se había perdido. No somos ni tristeza, ni ira, ni sensualismo. Todo lo puso Dios para servirnos, no para servirlos.

Allí *no somos nosotros*. Nosotros somos mucho más que lo temporal. Todo esto pasará, pero nosotros permaneceremos. Este enjambre tarda en desaparecer para que se haga la noche clara. Cuando llegemos a esa noche, veremos que es oscura, porque no se ven las cosas concretas, pero es luz porque vemos que hay una realidad frente a nosotros. Hay que *vivir* la fe. Antes obedecíamos la fe. Decíamos: haré esto, aquello, porque el Señor lo ha manda-

do. Pero ahora *gustamos* la fe. Aquella misma obediencia nos llevó a ello. Ya no nos movemos por las virtudes sino mediante la Gracia. Por la Gracia la inteligencia convirtió los apetitos en animales sumisos. Luego la misma inteligencia se rinde a los dones de la Gracia y ésta sola actúa y reina. Es la noche en que todo se aquieta y se ve la unidad. El hombre oye el vagido de ese Dios-Niño en el centro de su alma. Estaba allí gimiendo fervoroso mientras lo buscábamos fuera. Cuando llegamos a ese encuentro, el alma reposa siempre. No se fatiga nunca, aun en medio de la mayor actividad, porque todo lo hace obedeciendo a Aquél que está dentro. Simeón llevaba al Niño en sus brazos, pero el Niño conducía a Simeón.

En el Niño está la plenitud de Dios, como una dádiva de Dios, como una resurrección. Dios quiere hacernos dioses.

La más pequeña de las gracias es mayor que todas las concupiscencias, es suficiente para recrearnos. Cada día dejarse renovar y estar llenos de alegría.

Cada virtud que avanza da una nueva alegría y una nueva gracia. No descuidar la fortaleza para estar de pie en esta reconquista. Levantarnos cada mañana para trabajar en dejar trabajar esa Gracia. Entonces llevaremos a todos aquello que el mundo no puede dar.

### III

Hay dos apreciaciones de la Fe: el obedecer porque el Señor habló y el alcanzar la *posesión* de la Fe, que es *presencia* de lo que amamos. Lo poseemos no sensible sino espiritualmente. El gran descubrimiento es que Dios no está en el cielo sino en nosotros, en medio de la noche, cuando

los animales duermen y los pastores velan; nuestra pupila y nuestra voluntad que velan. Allí descansa, reposa.

La notas del cristiano son: primero, un gran entusiasmo; nada lo arredra, cada día amanece. La vida no lo hiere porque las pasiones están sosegadas. Es creador con Dios. Crea con la sonrisa que dirige a quien lo hiere. Crea con la paciencia con aquel que lo molesta. Es la eternidad misma que fluye de aquella criatura. Es nueva siempre.

Cada día digamos: "¿Qué quieres hoy de mí?"

E imitemos el molino que siempre mira cara a cara al viento. Tiene una gran "sensibilidad", está siempre volviéndose a él. Nosotros, pongámonos de cara al viento de Dios. No esperemos caminos trazados. Las cosas pequeñas de todos los días: asistir a nuestro hermano en donde está, sin preocupaciones. ¿Cómo pueden existir cristianos preocupados! Si Dios cuida de nosotros, ¿qué podemos temer?

Todo pensamiento que se repite es nocivo, no se mueve, es muerte. Poner las cosas en Dios y esperar, al día siguiente surgirán luces nuevas. Ser esas criaturas vigorosas, serenas. ¿Qué es la tribulación de hoy? Pasará, como pasó la de ayer y yo permaneceré.

Cada día ser virgen. En el alma no tienen que entrar las cosas que pasan.

En el cristiano no hay padecimientos de muerte, sino de alumbramiento. Si abrazo esta cruz, hago brotar flores. No sé dónde, pero sé que en algún lugar, quizá en la remota China, se encendió una luz. Desde este rincón podemos estar sosteniendo al Papa.

La cruz es festiva, advenimiento de vida, porque Cristo nos visitó allí. Aceptémosla sin reparos. No digamos: "Aceptaría esta enfermedad, pero es que trae molestias a

mis hijos... aceptaría esta pobreza pero hace sufrir a toda la familia...". Cristo la aceptó, ¡y vean ustedes los trastornos que significaba para la santísima Virgen y los Apóstoles! "*Mis pensamientos no son tus pensamientos y mis caminos no son tus caminos*" (Isaías).

¡Qué júbilo trae la eternidad incoada en nosotros! Como lo repite Cristo: "*Os he dicho estas cosas para que vuestro gozo sea cumplido y nada pueda arrebataroslo*". Para eso vino.

Muchos creen que la Redención es tristeza. No comprenden que si hay cruz es para llegar a la resurrección.

¡Somos el asiento de Dios, el reposo de Dios, enténdanlo! Cuidad el júbilo que es el síntoma que Dios está en nosotros. Eludid la tristeza que es abatimiento, que es comienzo de la desesperación, el más grave de los pecados. Es una blasfemia sentirse abandonado; es blasfemia el abatimiento.

La tristeza ardiente y confiada, el ruego, el reproche por los pecados, le gusta mucho a Dios, pero no el abatimiento. No tenemos que ofrecer a Dios nuestros consuelos: estos son dones de Dios a nosotros. Nuestras miserias son para Él, nuestras sequedades, nuestras debilidades, nuestros pecados para perdonarlos.

La segunda dote del cristiano, del que recibió al Niño que reposa en él, es la sencillez. Cuando Dios invade esa criatura lo armoniza todo de tal modo, que todo parece una unidad, todo es dócil al espíritu.

Es lo que ansía el mundo. Hoy Juan se llama ira, luego gula, luego indigestión. ¿Dónde está Juan? Hoy lo atrajo la comida, luego tal paseo, cine, reunión. ¿Dónde está Juan?

En cambio el santo permanece en la unidad, en la vida, en la mansedumbre. Las almas se pegan como moscas, es un alivio, una bendición para todos. Si hay un problema,

él dará soluciones justas; si tristeza, levantará los ánimos. Las cosas se entregan porque allí pueden beber.

Estas dos cosas no son virtudes, sino fruto de la virtud. ¡Cómo reposan las cosas en la sencillez!

Y como corona poseamos lo que hubo en los ojos de Jesús; aquello que no pudieron quitarle los fariseos. Lo que hubo en la Virgen, que no contestó a la ira con ira. Lo que hubo en los mártires: la Paz, corona de todas las bienaventuranzas. *“Bienaventurados los pacíficos porque ellos serán llamados hijos de Dios”*.

¡Qué lástima que esta palabra esté tan gastada! La paz es una cosa tan preciosa que no debía tocarse. Los hebreos no se atrevían a nombrar directamente a Yahvé, lo nombraban dando rodeos. Así, rodear la palabra *paz* de silencio, como una meta. Es Dios mismo y sólo se la conoce cuando se la gusta. Todos los trabajos de Cristo son para darnos el gozo y la paz. Paz activa, que se da.

Ésta es la paz que enfurecía a los fariseos. No podían quitar a Cristo ese sello divino que atestiguaba su divinidad. Se lo habían arrebatado todo, hasta su sangre, pero no pudieron arrebatarse la paz. ¡Y la santísima Virgen! ¡Ver a su Hijo ultrajado, abofeteado, maltratado por los soldados y no perder la paz! ¡Ni una queja, ni un reproche se escapó de sus labios! Ustedes, las que son madres pueden medir la magnitud de esa prueba.

Tengamos esa paz activa, viviente, que no es detenida.

Esa paz que más se destaca cuando más quieren destruir-la. Ser sal de la tierra. *“Y la paz que excede a todo sentimiento guarde vuestras almas”*.

En la medida que tengamos paz, somos señores, andamos sobre las aguas, lo poseemos todo.

## IV

Tratemos las almas con gran respeto, con suma reverencia. ¿No han visto ustedes asomar a unos ojos esa mirada asombrada, incrédula, que expresa: “¿cómo me habla así?, ¿no sabía quién soy?” Descubramos al Niño que gime desolado. Él gime en cada pecador, aun en el más empedernido. Una cosa es la costra y otra el alma, donde siempre el pecador gime. Vemos la carcajada y no el malestar, pero tarde o temprano se hará la luz y comprenderá que ese malestar provenía de su pecado. La Gracia prende en las almas más imprevistas.

Nuestra misión es despertar con nuestra presencia. Estemos frente a las almas en un continuo llamamiento. Jamás juzgarlas. En cuanto menos pensemos, llamará Dios a las almas.

Induzcamos con nuestro llamamiento a que sean lo que llamamos. “No le creas, es un mentiroso”. Nosotros mismos lo estamos produciendo. No es Pedro, sino *un mentiroso*. ¡No! La virtud, como los defectos, no están inmovilizados. Provoquemos el crecimiento de ese Niño enterrado, traicionado.

En cada hombre, por gigantón, por terrible que parezca, hay un Niño que debemos descubrir. Más que malicia hay ingenuidad. Siempre el fondo es mayor que los defectos.

Nada ha envejecido. Sólo las pasiones que constantemente están en acción. En cambio, el espíritu está nuevo, descansado, porque nadie lo usa. Pero si lo ponemos en ejercicio, crece como un gigante. Tenemos inteligencia y voluntad, y la Gracia, que puede mover montañas.

El Cura de Ars cambió, él solo, toda una región de Francia. Todavía se nota allí su influencia. Tal es el poder de un

alma llena de Dios. Lo mismo sucedió con el Cura Broche-ro, en Córdoba.

Hay que saber descubrir, ser un aliado del que está dentro. Si no encuentro el alma de tal persona, tengo que cambiar de procedimiento, estoy en la costra. Es culpa mía que no encontré el resquicio para encontrar al Niño que está dentro.

El que da alma recibe alma, el que da espíritu recibe espíritu, el que da pasión provoca pasión. La ira provoca ira.

Si las cosas están muertas, es porque no supimos extendernos en el Pesebre. "Cuidado con éste que es antipático, con aquél que hace perder el tiempo". El resultado es que quedamos aislados y muertos.

Nutrir a Cristo que está en nosotros. El mundo romano cambió con doce. Cambia con el que es portador de espíritu.

El pecador no se emplea todo en el pecado. El pecado es mucho menor que su alma. Siempre queda una región virginal. Nuestra misión es asistir esa bondad interna, poner luz. Seamos Palabra viviente que abra cauces, nutra, desarrolle ese germen que está allí. Mostrar que es posible su cumplimiento.

El mundo y el demonio se encargan de desanimar: "¡Pobre muchacho! Eres joven, por eso tienes ideales, esas ilusiones; con el tiempo verás que es imposible cumplirlas". ¡Y qué decir cuando se trata de vocaciones!... Eso es matar, abatir, desanimar.

Nosotros debemos mostrar cómo pueden realizarse las cosas en todos los órdenes. Enseñar a las almas que son capaces de locuras. El hombre no nació para vulgaridades: periodismo, comercio. ¡No! Es constructor del mundo. Pero hoy todos se han hecho "prudentes"... Sol-

tar amarras, romper con esa costra de grasa, de vulgaridades.

Alentar con sensata locura. Locuras llevadas con gran sensatez... No es prudencia la mediocridad, sino el poner los medios para obtener las cosas del alma.

Libertados por la Verdad y la Gracia, purificados, despertar, nutrir al Niño que está arrumbado en los demás: allí está Cristo. ¡Está tan enamorado de las almas! "Si me amas, ama a tu hermano. En la medida que lo reverencies, que lo creas capaz de grandeza, me encontrarás".

## V

La dureza no crea nada. El cristiano es poderoso porque tiene blandura, que es lo único que tiene poder. Es como niño, siempre dándose. Es luz de todos los días.

A este Jesús que está aquí, para nosotros, hay que comerciarlo. No enterremos nuestros denarios, hagámoslos producir. Se nos da Cristo y debemos dar a Cristo.

La significación del Pesebre es un llamamiento a la humildad. Jesús se tiende en un pesebre y se da en comida a nosotros: el mundo es estiércol y nosotros nos hicimos animales.

Humildad llena de deseo de perfección. La humildad es ponerse en manos del Padre Celestial. Sólo se es feliz siendo humilde.

El soberbio está perdido, nunca se satisface, es un abismo hambriento que nunca se sacia. Somos gigantes y el apetito nuestro no puede saciarse con criaturas. Cuando así lo hacemos, somos el perro que quiere saciarse con las migajas que caen de la mesa del Padre, las que sólo aumentan su hambre.

El humilde sabe que está dependiendo del Padre y descubre cosas que no puede explicar: la suntuosidad del universo que le sirve. ¡Qué decorados puso Dios, que el hombre no puede imitar ni aproximadamente! ¿Qué terciopelos pueden compararse al suave césped de las praderas, qué cortinados al de los follajes que ascienden? Porque todo tiene un movimiento ascendente; un árbol es un incienso que asciende, atajado un instante por amor a nosotros: unos, arabescos quebrados como la tala; otros, erguidos en líneas simétricas. ¡Lo que es esa danza de alas, esa música interna con que el alba se levanta! El amor de Dios es ya un grito y es el humilde quien lo percibe.

El humilde sabe que nadie superará al amor divino, nadie le dará en este momento nada mejor que lo que Él le da, sea cruz o privación, o lo que sea. Él está gestando algo grande. Así dio a su Hijo pasión y cruz.

*“Levantará al pobre del estiércol”* (Salmo CXII). Al pobre; al que es rico en sí mismo, no. Cada cosa material que tenemos es un peso que cargamos, no nos dará nada y si echa raíces en nosotros, nos ahogará. Hay que tener como si no tuviéramos, con un completo desasimiento. Recibamos lo que nos da Dios como dádiva, sin desear nada. Todo lo apreciemos como don de Él.

Dan ganas de quedarse siempre como cántico ante los dones de Dios. En Castilla tenemos la austeridad del desierto en esas rocas áridas, pero también la dulzura más grande en sus collados; y su cielo es una invitación a la pureza, pero los que están acostumbrados a blanduras no comprenden su grandeza.

Si hay dolor en el humilde, es el no poderlo encerrar todo: las montañas, las aves, el mar... ¡Cómo nos ama Dios! Dan ganas de decirle: “¡Fuiste un insensato; nadie ve

tanta belleza desperdiciada, porque tienen los ojos cargados de concupiscencias!

El amor es así: ama tanto que regala cuando el amado ve y cuando no ve. Se profundizó el átomo y se encontró algo organizado, maravilloso como una flor. En todo nos espera Dios, hasta allí donde nunca llegaremos.

*“Maldito el hombre que pone su esperanza en el hombre y pone su confianza en su brazo. Será como el terebinto en el desierto, que vendrán las lluvias y no le llegarán”* (Jeremías). Así, el soberbio no comprende los dones de Dios que llueven sobre él, ofuscado en perseguir una quimera que quizá será su desdicha.

El humilde ve que sus pecados no son juguetes. Ve que su pecado queda escrito en el hombre y en Dios y que sólo se borrará con el arrepentimiento que desclava. Reconoce la profundidad de la malicia del pecado. Por sí mismo sólo merecía castigo, por eso le es regalo cualquier bien y es justo todo dolor. Él fue fuente de destrucción y se henchirá de gozo ante cualquier don. El sufrimiento será refrigerio al lado del infierno que no se cumple, porque un Dios se hundió en su abyección, tocó sus llagas, y del fondo de su herida, sacó redención.

Esta Vida sin orillas de Dios lo invade todo y troca hasta la muerte en vida. ¿Cómo no estar embriagados de felicidad? Se ve todo henchido, todo nuevo.

Por fin, el humilde queda libre de sus buenas obras. Éstas pesan cuando las anotamos. Matan, destruyen. Siempre esperando retribución, comienzan a vivir envenenados. ¡Sepulcros cargados de buenas obras muertas!

El humilde sabe que la buena obra es lo normal: el naranjo cumple bien su misión de dar azahares y naranjos. Así, si hablo es lógico hablar bien, si escribo debo hacerlo

bien; estamos hechos para el bien. El humilde siempre está nuevo, aquello pasó. Y está listo para comenzar en cada momento lo que Dios le pide.

A nosotros nos toca ser cánticos de gratitud en medio de la noche. Se nos da el Verídico, el Único, el Viviente, el Eterno que gime a las orillas de todo lo muerto, queriendo vivificarlo todo, llenando de delicias a los que lo aman y lo temen.

## VI

La humildad es el reconocimiento práctico de nuestra condición de criaturas, de dependencia: no nos hemos hecho, nos han hecho. Al engarzarse en su sitio de criatura, ve lo que es. Su Creador preparó su morada desde siempre.

Al ser humildes nos apoderamos de los dones de todos, si necesitamos consejos iremos a quien pueda darlo; si ciencia teológica, iremos al teólogo. El soberbio se queda solo. El pobre va entrando en posesión de los bienes de todos: todo lo bueno de todos, lo atrapa.

Muchas veces la verdad nos viene por boca de los niños, a veces son verdaderas saetas de luz, y el humilde todo lo aprovecha. Dios puede visitarnos por los caminos más imprevistos. A veces el mismo enemigo nos hace más bien que el amigo; nos hablará de mal modo, pero quizá dirá verdades. Quedemos serenos ante cualquier modo para captar la verdad que puede ser provechosa. La mujer, sobre todo, es muy sensible ante un mal modo y no reflexiona entonces sobre lo que se le dice, donde puede estar encerrada la verdad.

Nos sirve un Dios y nos sirven todas las criaturas. Como la madre a su niño, todo lleno de una potente ternura. Mu-

chos temen pronunciar el “hágase tu voluntad”. Piensan en un Dios devorador y están en actitud defensiva, de tirantez. Creen que con Dios llevan las de perder. Son errores de la ignorancia de la carne. Dios ansía darse. En cuanto la criatura se entrega, Dios y el universo todo vienen corriendo a darse. Dios mismo se entrega al humilde, desea recostarse allí. Viene a recrear la noche, a encenderla colocando en ella llamaradas, haciendo encender la nieve. Esto es para nosotros, hijitas.

La santísima Virgen no guardó a Jesús para sí: lo entregó en el Pesebre y en la Cruz para que fuera para todos. Nos miraba a nosotros como nos mira ahora. Nos mira con todo su ser.

Hay en la vida algunos momentos, muy escasos, en que un alma se pone íntegra en una mirada. Son muy escasos en este mundo, ya que por lo general las almas se esconden, se repliegan por temor a ser traicionadas. Pero a veces, de padres a hijos, de amigo a amigo, o entre esposos, el alma se asoma íntegra a los ojos. Así se da Dios. Nos ama a cada uno de nosotros como si fuéramos el único. Nos ama con un amor distinto, empleándose todo. Jesús está abandonado cuando yo lo abandono; está amado por otros, pero está abandonado *por ti*. Porque Él se da íntegro *a ti*. No es relación de comunidad la que tiene contigo, sino personal y única. El Niño está abandonado en la noche. Se dirige *a ti*, te necesita con urgencia.

No nos asusten las inclemencias del mundo. Es más poderoso el que se echó en su centro.

Dar antídotos al mundo. Afinarnos en el espíritu, aborrecer lo de la carne, que es audaz en sus exigencias.

Que nuestra aparición dé reposo. Hablar a los otros despertando sus almas, con reverencia, y vivir en esa se-

guridad y sosiego porque sabemos que Dios vela, nos cuida como a las pupilas de sus ojos.

Les suplico seamos como los primeros cristianos, un ímpetu: “¡Quiero ir a Ti!”. Simplifiquémoslo todo, Dios nos asiste.

+ + +



# Soliloquios de Navidad

## 1 - En Buenos Aires

### I

¿Cómo te hallarán, Salvador nuestro, si habitas lugar que han descuidado, en el corazón de la noche inmensa?

¿No los ves con sus ojos prendidos a bagatelas; muertos, sin saber discernir las estrellas; extraños a la contemplación alta de la noche; encandilados por luces inventadas, que componen un cielo infernal, a ras del suelo, el adecuado a la ficción que, como ambiente, sus vicios exigen para saciarse?

¿No los ves con sus bocas cargadas de risas próximas al grito, discurriendo en medio de la fábrica vacía de su mundo, confiando su honra a las telas que la polilla roe, depositando sus esperanzas en el dinero que el ladrón roba, dando las espaldas al silencio y la pobreza donde naciste Tú, Viviente eterno?

Baila Salomé y son capaces de ofrecerle lo que no tienen porque ha sacrificado a la lujuria. Están parados en las orillas de las orgías de Herodes, hambrientos de orgías. Se abrasan tanto en la inmundicia, que llaman felices a los que abundan en el mal uso de las riquezas. Sin temor de Ti ni amor a tu justicia, hoy, como nunca, nutren y desa-

rrollan los vicios. De muy distinta manera obró tu apóstol Santiago que clamó y tembló por ellos, cuando dijo: *“Ea, pues; ¡oh, ricos!, llorad, levantad el grito en vista de las desdichas que han de sobrevenirnos”*.

## II

Viéndonos incorregibles nos diste el peor castigo: callaste y nos dejaste correr tras los deseos de nuestros corazones. En tu silencio los odres se abultaron y los cráneos se colmaron de estulticia. Durante el siglo XIX rieron con carcajadas que parecieron llegar hasta el cielo porque con sus inventos lograron tocar todos los pequeños horizontes del mundo. Cada mujer infló sus formas y fue saludada, en la hora del deseo, con el nombre de diosa. Ella en respuesta entornó sus párpados, pobló de sombras sus ojos, convenciéndose,\* en no se sabe qué lugar impreciso de su ser, teniendo alguna conexión con sus glándulas, florecía el Paraíso.

## III

El esplendoroso ejército de los días no tardó en echar abajo los velos de las ilusiones románticas y burguesas, y mostrar desnudos los amplios infiernos y regiones de muerte que ellos encubrían.

Han pasado cien años y un negro vacío, cargado de gritos, un espantoso tendal, ocupa el lugar de aquella barroca exuberancia del siglo XIX.

En los ríos de las calles modernas -hirvientes como mercados- se apuran los restos de carnes esquiladas.

\* Fe de errata: Debe decir, "...convenciéndose, de que, en no se sabe qué lugar...".

Las manos han sido demasiado corrosivas; las bocas afiebradas como llagas; demasiado extenso este mar envilecedor de blandos lechos, ventiladores, automóviles, para que quedara en pie algo más que una muchedumbre de esqueletos fatigados, recubiertos de carnes blanduzcas y profanadas.

¡Ah, multitudes de grandes almas que corren a la deriva como lodo derramado, azotadas desde dentro por el lívido chasquido de las neurastenias!

Muchedumbres envueltas por vórtices de demonios hastiados, de imbéciles empresas –ídolos ahitos– de periódicos vociferantes, explotadores del vicio y la desesperación de los pueblos, por un légamo de ruidos atroces, de gigantescas aristas de cemento e hierro; por un toldo de tenebrosas alas que se interponen entre el gran sol de Dios y los hombres.

#### IV

A través de una grieta en este muro de ladrillos he vislumbrado la noche tersa. He vislumbrado tu Canto.

He entrado, sucio, en la inmensa noche; serena, translúcida, inmensa.

He puesto mis pies, sucios, en el umbral del henchido ámbito de tu Silencio:

Tú me has devuelto la paz.

Y ahora, aquí, unido a las bestias que con su pobre aliento tratan de compensar el frío de la despojada noche que te dimos, te ruego por mis hermanos, los que quedaron del otro lado del muro de ladrillos:

Cese ya, Señor, esta pena de abandono que merecimos porque te abandonamos, y vuelvan los tuyos a clamar en

este hormigueante desierto, en estos rascacielos, en estas abultadas y hediondas empresas comerciales: en este herviente hacinamiento de restos humanos.

Sino, ¿cómo te hallarán los adoradores de Salomé, a Ti que habitas el corazón de castísima Noche?

+ + +

## 2 - El Pesebre

### I

¡Oh, Verbo soberano, que dando ser a las cosas les das sentido!

Las nombras y son. El ser de cada una de ellas se apoya sobre una razón, de la cual Tú guardas la clave que sólo a los humildes les entregas para colmarlos de luz.

Por Ti son elocuentes las lenguas de los fuegos y por Ti las ondas de las aguas nos atraen como abismos resplandecientes, cargados de mil repercusiones. El Universo entero es una muchedumbre de finos clarines y cantos que nos visitan, dulcísimos.

¡Bendito seas, Señor, por los ríos lanzados a vuelo de tu Elocuencia delicada y tremenda, jamás detenida!

¡Dancen tus coros y tus saetas; dancen las armoniosas órbitas, diminutas o inmensas, desprendidas de tu Mano; la sonrisa vehemente desprendida de tus ojos, sin nunca dejar de embriagarme!

Bajando a nosotros, tu Cuerpo recién nacido fue mudo, mas no por eso dejaste de hablarnos. Encendiste significados en el yermo de la tierra muerta.

Mucho nos dices con Judá y Bethlehem, con María y José, con el frío y la oscuridad de la noche en que quisiste nacer. Y mucho con la extraña cuna que escogiste.

Naciste en una noche álgida y te echaste en un pesebre. Entraste en el mundo haciendo penitencia por nosotros.

Como gigante que corre el camino a grandes pasos, en cuanto respiraste el aire infectado por nuestras culpas, entablaste batalla con el demonio, asestándole golpes de muerte.

Los hombres -porque rompieron con Dios- sienten que algo se ha roto en sus almas, debajo de sus pies y sobre sus cabezas; se espantan por lo que ven sus ojos, y llevan sus vidas colgadas delante de sí. Dicen, no explicando nada: "Es porque nos falta trigo"; o bien: "La nación vecina nos tiende lazos de muerte"; o estas otras razones: "Mi mujer ha defraudado mis esperanzas"; "Los miembros de la sociedad humana se desgarran entre sí".

Todo tiene culpa menos el monstruoso desorden que hemos introducido en el mundo al romper con Dios.

Mas Tú, Sabiduría infinita que no puede ser engañada, cuando te sumergiste en nuestra tragedia y la tomaste para Ti, dijiste con todo tu Ser: "Una sola cosa hace falta a la tierra y ésta es la Expiación".

Hasta tus poros parecen abrirse como raicilla en tierra sedienta, violentados por una sed y hambre de justicia perfectas, y clamar, diáfanos: "Expiación".

Una expiación proporcionada a la culpa del hombre es lo único que puede salvar a la tierra y al hombre de su ruina.

El nublado de nuestra culpa, adverso al Cielo -nublado de sangre y ceniza- impide que lleguen hasta nosotros las influencias vivificantes del Cielo. Por eso la tierra se agrieta y falta el trigo; las bocas se convierten en oscuros sepulcros de la nación vecina; por eso tú recubres a la mujer de ilusiones que jamás podrá satisfacer y los miembros de la sociedad humana se desgarran entre sí.

Además, tu manera de nacer predicó las bienaventuranzas en el mismo orden que las promulgaste sobre el Monte; es decir, las encabezaste con el amor a la pobreza.

Éstas y otras glosas ya conocidas hacen tus santos Doctores, de las circunstancias de tu Nacimiento.

+

Mas, dime, Señor, ¿no dices con tu Pesebre algo que no ha sido dicho? (O si está dicho, tu siervo lo ignora y es poco conocido).

Tú vienes para ser Pan del hombre. Así lo aseveras con toda firmeza: *“Porque el Pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo”*. *“Si alguno comiere de este Pan, vivirá eternamente y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo”* (S. Juan, VI, 33 y 51).

Tan en la letra está la verdad de esta doctrina que dejaste ir a los que no la aceptaban como sonaba: *“Muchos de sus discípulos, que esto oyeron, dijeron: duro es este razonamiento. ¿Y quién lo puede oír?”* (Y si reprobaste, Señor, a aquellos que no lo aceptaban, ¿cuánto más rechazarás a los herejes de mis tiempos, los cuales movidos por el mismo espíritu se atreven -porque te creen ido para siempre- a desvirtuar tus Palabras diciendo que aquellas expresiones fueron simple metáforas? ¿Cómo por metáforas ibas a perder a muchos de tus discípulos?).

Siendo, pues, Tú el alimento de nuestras almas, al echarte en un pesebre, ¿no nos dices, con eso, que nos hemos convertido en bestias? ¿Es que no son, acaso, las bestias las que encuentran su alimento en el pesebre? ¡Oh, penetrante Bondad, que queriéndome levantar, así me muestras mi

estado para que entre en deseo de Ti, el único que me puede salvar de esta muerte!

De esa manera ratificas lo que ya nos habías dicho en el Salmo XLVIII: *“El hombre criado en grande honor, no lo supo entender; fue comparado con las bestias insensatas y se hizo semejante a ellas”*.

Tú nos habías dado en Adam realeza y confianza de todo. Subidísima posesión de todo por la inteligencia y el amor. Dentro de sus pupilas brillaba, sonriente, el último secreto de las cosas.

Pero no lo supo entender.

El demonio se propuso burlarse de él, fundado en que su inteligencia angélica era más sutil que la de aquella otra criatura que tenía cuerpo como las bestias.

Accedimos y nos hicimos semejantes a ellas.

Se rompió nuestra augusta configuración y nos derramamos como lodo.

Escarbamos y mendigamos. Pedimos a la carne y a la pobre tierra lo que no queremos pedir a Ti y sólo Tú puedes darnos. Porque el hombre llega ahora a gran señor, no por las virtudes que nos perfeccionan, sino por el número de vacas que posee; la doncella levanta su cabeza como nave cargada de presentes si logra cubrir su cuerpo con hilados de gusanos, y el joven, cuando alcanza unos de esos féretros movibles que fabrican con el sórdido hierro robado a las montañas, dilata sus narices sintiéndose un insolente conquistador de horizontes.

Ésa es la grandeza del hombre que ha dejado de mirarte.

Y su vida, revolver y complicar lo que hacen las bestias.

Pero queriendo saciarse con las mondaduras que comen los cerdos, el seno espiritual de su alma queda reseco, surcado por terrores nocturnos.

Así, mientras el literato que coloca vistosos faroles en los vértices de todos los errores y de todos los vicios, el abotagado banquero y los obsesionados industriales y especialistas; el joven con el alma resuelta en fiebre y la niña devastada por los cines y las revistas, dicen: “Rico soy, estoy lleno de bienes y de nada tengo falta”: Tú, Sabiduría que todo lo sabes, con el Pesebre, respondes: “Viniéndote a buscar, he tenido que bajar hasta aquí; te hallo, al cabo de tu deshonra, hundido en la buena bestia que había puesto en la parte inferior de tu ser; has dedicado la grandeza de tu parte espiritual a ensalzar, enloquecer y desgarrar esa pobrecita bestia que había colocado en la parte inferior de tu ser”.

Los hombres todos, porque han hecho un mundo de cemento y de acero implacables, porque han levantado pequeñas montañas de ladrillos muertos y han robado a los metales y al átomo fuerzas de muerte que terminarán con ellos, cantan al unísono: “Ascendemos siempre. Nuestros cataclismos son etapas de nuestra marcha hacia nuestro cenit. Jugaremos con los astros y edificaremos nuestras ciudades en medio de las estrellas”.

Pero Tú, Sabiduría que no puede engañar, tratando de que volvamos la mirada hacia nuestra alma, con el Pesebre, replicas: “Creyéndote rico, lleno de bienes y que nada te hace falta, he aquí que te encuentro convertido en una bestia indefinible, cuitado y miserable, pobre, ciego y desnudo.” (*Apocalipsis*, III, 17)

Porque así está nuestra alma.

Y nuestra animalidad crecida como una exuberante colonia de esponjas.

Y yacemos en medio de sus secreciones. Secreciones que toman las formas de vestidos, revistas y cines; de artes románticas y realistas.

Echado en el Pesebre y en las piedras más remotas de Ti, trastornaste la tierra, Señor de maravillas. A ella, que desciende hacia el Abismo, arrebatas los restos salvables y, con éstos, cambias los Cielos. *“Levantaré al pobre del estiércol y lo sentaré entre los príncipes de mi pueblo” (Salmo CXII)*; porque: “como del cielo desciende la lluvia y la nieve, y no vuelve más allá, sino que embriaga la tierra y la baña y la hace producir y da simiente al que siembra y pan al que come, así será mi Verbo que saldrá de mi boca: no volverá a mí vacío, sino que hará cuanto Yo quise y será prosperado en aquellas cosas a que lo enviaré” (*Isaías, LV*).

Tanto es tu poder que inflamas el barro y lo llevas contigo por encima de los Espíritus.

+

Buscándote, te hallamos rodeado por el Pesebre como por fortaleza de sesenta valientes armados. Él te libra de los soberbios y permite que los humildes se alleguen. Nos habla de nuestra miseria para que veamos la necesidad que tenemos de Ti. Es, como todos tus Misterios, simultáneamente ejemplar y vivificante. Tanto cuanto nuestro entendimiento conoce nuestras miserias, la voluntad se enciende en sed de tus perfecciones. Hay una cosa grande como Tú, Señor infinito, y ésta es el abismo de nuestras miserias trocado en sed de Ti.

¡Bendita hambre que parece poner a prueba tu inmensidad, pues devorándote no se sacia, antes te recibiera tan-

tas veces cuantas vinieras, no sólo como si nunca hubieras venido, sino con mayores llamamientos y deseos!

¿Qué es esto, Señor, que me enternece el saberme miserable porque sé que por esto viniste a recogerme?

Me enseñas con el Pesebre mi estado actual para convertirme en el centro de todas las bendiciones de las Escrituras.

Si me convenzo de mi pobreza, de mi desnudez, de mi enfermedad, y con hambre de Ti, clama mi alma: *"Inclina, Señor, tu oído y escúchame, porque soy un pobre y un desvalido"* (Salmo LXXXV); mi pobre cielo y sus sombrías estrellas se dilatarán y trocarán en mil querubines que, dando paso a la voz de la Profetisa traerán el Paraíso a mi abismo: *"A los hambrientos colmó de bienes y a los ricos dejó vacíos"* (Canto del Magnificat).

+

Especificando más la significación del Pesebre vemos que esta palabra la das -como todo lo que pertenece al Niño y a la Eucaristía- a los que ya crecen en Ti.

En él come el rebaño pacífico, figura de tu grey; en cambio es extraño a las fieras y al hato de puercos. A éste, para darnos una idea de lo que sucederá a los condenados en el último día, lo precipitas en el mar; a aquellas, imágenes de los soberbios, les resistes, pues sabemos que, cuando viene un león o un oso y arrebató un carnero de en medio de la majada, vas tras ellos y los matas y les quitas la presa de entre los dientes; y ellos se revuelven contra Ti, mas Tú, asiéndolos de las quijadas, los ahogas y los matas (Reyes, I, XVII, 34).

Ahora dime, Señor, ¿por qué ocultas esta verdad tan necesaria y a escondidas la manifiestas a tus hijos y no a

los del mundo? ¿Volviéndose sobre sí mismos, al ver sus llagas, no se volverían a Ti?

Comprendo que no lo haces, Sabiduría benigna, porque sabes que si nos dieras, en aquel estado de engaño, una visión repentina de toda nuestra miseria, moriríamos. Tú sudaste Sangre cuando la miraste y pensaste internarte en ella.

La das en el secreto de la noche al literato y al banquero, al especialista y al industrial, al joven y a la niña que hayan pasado el mar Rojo de tu Sangre.

Su revelación la confías a la enamorada de la Luz: a la humildad.

Y en la medida en que ella crece, la devela.

+ + +

### 3 - Tres llamamientos

#### I

Llamaste, Señor, a los iluminados con una estrella, a los purificados con cánticos de Ángeles. Y a estos pobres leprosos recubiertos de pulcros vestidos, a estos buenos que marchitan la frágil y henchida flor de los días con sus cotidianas maldades, las exigidas por sus honras hediondas y sus miserables dichas, ¿cómo los llamas?

¿No es acaso el enfermo el que necesita de médico?

Y tanto más éstos que sonríen ingenuos y crueles, en medio de sus propios despojos, de su progreso, de la horrible floración de sus glándulas.

Urgido por mil angustias busco y no encuentro un signo entre los que rodean tu Nacimiento que manifieste la Vida a mis muertos, la Luz a mis ciegos.

+

Hallábanse los pastores dentro de la Noche sagrada, sin saberlo. Envueltos por la nieve, las sombras y el silencio; por los altos Cielos encinta; con las almas quedas y los ojos abiertos sobre los animales que dormían; apenas separados de Ti por el velo de sus espaldas, cuidaban el fuego y plañían sus flautas. Los finos dardos despertaban mil ecos en los repliegues de las cosas y las estrellas desveladas, y eran recibidas con agrado por los altos Cielos encinta.

En ese instante, con el Orbe en suspenso y el mundo de los hombres en paz; en ese escondido centro de los Cielos y del mundo, en la Carne, nació el Verbo, el Mesías codiciado, pero ellos no lo sabían.

Los Cielos en sazón se abrieron y la inmensa Noche se pobló con la Presencia, multiplicada en el espejo de los Ángeles y los cantos. Los Pastores oyeron el anuncio porque, durmiendo los animales, no atraían sus almas hacia la tierra.

Corrieron a Bethlehem; allí encontraron a la suma Hebreá, cabo celestial de la generación de los justos –alta morada de Dios–, y en su seno el Rey. Desde ese momento, las Letras oídas los sábados en la sinagoga como una promesa remota, los lugares proféticos, las cosas todas, ardían par de los Ángeles, hablándoles mil lenguas: en el mundo de los pastores había nacido el Pastor (Abel, David, también fueron pastores); en la casa del Pan; en la oscuridad se hallaba la Luz; en el frío, el ardiente Amor; desde abajo ascendía tierna y terrible, como raicilla en tierra sedienta, Aquel que vencería al demonio y a la muerte.

+

Estaban los Magos asomados, por encima de la carne, hacia tu diáfano cielo nocturno, en medio de los horizontes del mundo, desflorados y muertos.

Ellos deseaban la Liberación porque, ilustrados interiormente por la Verdad -por Ti- sabían que los horizontes del mundo, al morir, se han convertido en duros cercos de hierro. Tú habitabas sus inteligencias; por eso discernían la luz. Vieron la estrella distinta y corrieron, desvelados e intensos, desde el hondo vértice de las pequeñas noches vacías de sus

patrias, a través de terribles pruebas, hacia esta otra Noche inmensa, la nueva, la insólita, la llena de Ti y de María.

Y te hallaron despojado y magnífico, en el seno de cristalino murmullo y cristalino ardor: la Virgen-Madre.

Se unieron a Ti por la adoración y volvieron, saciados, llevándote para siempre porque en el hondo vértice de sus almas habían quedado Tú, el Padre y el Espíritu Santo como una pequeña llama transfigurante.

+

Así vemos que en unos y otros -Pastores y Reyes- resplandece una representación sensible de lo que pasa en las almas de algunos que ya corren por tus sendas y medran en Ti.

Porque cuentan los que de verdad se han entregado a Ti y experimentan el crecimiento interior en la Redención que nos diste, que alcanzado el término de la infancia espiritual, cuando tienen, de manera estable, la animalidad sosegada y el espíritu en vela, sobreviene la fría noche del sentido en todo semejante a la que envolvía a los pastores; que muchos, al verse privados de todo gusto sensible, desfallecen y vuelven a buscarlos en la tierra; pero otros, hundidos en la oscuridad sagrada, dejan hacer a Ti y Tú limpias sus almas, allí donde ellos no pueden llegar, del modo sensual de juzgar y amar.

Terminada esa purificación pasiva, el entendimiento, por primera vez, asoma de verdad por encima de la animalidad dormida, debilitada en sus raíces y, cuando la noche parecía más álgida, los cielos de los Misterios se abren cantando mil arcanos radiantes, intensamente actuales, vivientes, penetrantes, porque en ellos está la mejor de las luces viviente y penetrante.

La inteligencia iluminada salta, danza, canta tras ellos, henchida y feliz.

La voluntad, en pos, se enciende en mil entusiasmos y deseos heroicos.

Y, como las voces de los Ángeles condujeron a los pastores hacia Bethlehem, así también toda esa apertura de las Letras y las enseñanzas reveladas llevan hacia una primera manifestación, en el santo, del Misterio que anuda entrañablemente lo divino con lo humano.

Tú, Jesús, naces de alguna manera en esa mente y allí estás como soberano módulo iluminante que explica el último sentido de las cosas y de todo lo que sucede debajo de los cielos.

Se ve, gracias a él, que el Misterio de la Encarnación ha tomado posesión de todo y que toda la actividad divina -siempre intensamente creadora- entra en el mundo por ese pequeño resquicio: el Niño envuelto en pañales, en el regazo de María; la Eucaristía en el regazo de la Iglesia.

Éste es el comienzo de la segunda edad espiritual, aquella en la cual Dios se comunica al alma en cuanto que es Juventud eterna que rebasa de Sí y colma de luminosa vida y alegría inextinguible a todas las cosas que en Él están.

+

¿Y la prueba que sufrieron los Reyes no parece ser en todo el tipo de aquella otra noche, la del espíritu, con la cual, una vez cumplida la juventud antes dicha, acrisolas a tus santos para darles la inefable edad adulta de Cristo?

Pues Tú, en ese trance, simulas dejarlos solos en la desgajada tierra, en la pequeña tierra que, arrinconada en las tinieblas, se oculta de Ti, como Caín.

Entonces entran en sus almas queriendo encontrarte allí, como tantas veces, y las hallan vacías, sin Luz ni Vida, despojadas de tu Presencia. Son éstos, duros yermos interiores, a veces prolongadísimos, que atraviesan, alarmados, llamándote con las más dulces quejas. Siendo en vano, se asoman al mundo y preguntan por Ti, para experimentar, como nunca, la verdad de su estado: lo ven muerto; y ven el crepúsculo de los rostros que declinan, signados por sus placeres y alegrías horribles, hacia la región del aye y de la muerte.

Ojos y sonrisas hermanas del polvo, con destellos de incredulidad, les responden que no te conocen, que nunca te han visto.

Llaman y gimen y sólo encuentran, dentro, las multitudes de las tentaciones más duras sucediendo a las arenas de las sequedades más amargas;

afuera las tinieblas, las tinieblas;

las risas de los muertos;

los bagajes complicados de los muertos:

la elaborada lepra;

las intrincadas, las asfixiantes malezas de las ciudades;

las cosas de la tierra y del hombre agolpándose en las veras de sus caminos para ofrecerse, profanadas e impúdicas.

Y el Usurpador que, fingiendo piedad, trata de matarte en sus almas.

Únicamente la fe como estrella, que pueden perder, los mira desde un cielo magnífico y lejano y los guía, seguro, hacia el momento de tu nuevo y místico advenimiento.

Así, envueltos por el pavoroso abismo de tu ausencia, aparentemente abandonados en el centro de ese abismo infinito, pequeños y solos, cargados con las riquezas de sus ignoradas virtudes, sintiendo disgusto en todo con-

suelo que venga de la criatura, corren, a la par de los Magos, no queriendo otra cosa que a Ti.

Mas, creyéndote ausente, la verdad es que sólo tu Espíritu, por el don de ciencia, puede desenmascararles en ese grado las cosas todas para que conozcan el estado de inexpresable miseria a que las ha reducido el pecado del hombre. Estado del cual no excluyen a sus propias almas, que las ven como duras peñas cubiertas de oscuridad y nieve, incapaces de segregar la miel de tus consolaciones; y el seno de ellas, cual comedero donde nunca dejaron de alimentarse las bestias.

Al fin, cuando esta suprema purificación madura sus frutos -que son: humildad y compunción perfectas, desasimiento afectivo de toda criatura y ardiente deseo de Ti por solo Ti- pones el término, piadoso Señor, que ese purgatorio parecía no tener.

En esas piedras ansiosas de Ti, en ese humilde pesebre, amaneces para ellos como nunca, Aurora insólita.

Es el interior de tu Alma divina lo que amanece en sus almas: tu Vida para vida de ellos.

Así les entregas como cumbre de Redención el Tesoro invisible que traes a los hombres en el seno de tu santísima Humanidad visible.

Las almas de tus santos, entonces, cayendo de hinojos, ofrecen, en suave y habitual Sacrificio, el oro de la caridad más encendida, el incienso de subidísima oración, la mirra de la contrición más pura.

+

Y no hay otros llamamientos. Por el contrario, la Santa Iglesia, la única que fiel y vivamente te recuerda, dice que

luego ocultaste tu Faz del inicuo Herodes, padre de este siglo, bajo las marchitas arenas de Egipto.

Por tanto, ¿qué diremos, Señor?

¿Es que no naces para salvar a los pecadores?

Sí, ciertamente, para eso descienes hasta la carne y el estiércol del mundo; pero el Niño y la Madre no son para los muertos.

No son para los luteranos ni los metodistas; ni para los pensadores y conductores de este siglo -ciegos guía de ciegos-. Son para José.

Ya llamarás hacia la Vida a esos otros con la gran voz que clama en el desierto; ya los envolverás con los penetrantes destellos de los milagros y les hablarás con palabra directa, de hombre, la única que, a través de los pocos resquicios que han dejado la grasa y los adulterios, la avaricia y los crímenes honrosos, puede llegar hasta sus encarceladas inteligencias.

Ya pronunciarás sobre ellos el gran grito de la Cruz, con el cual mandarás salir fuera a los muertos de cuatro días.

Pero únicamente el corazón y los ojos lavados por tu preciosísima Sangre, descubren el Recinto Sagrado, pues Tú mismo has dicho: "*Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*".

## II

¿Qué es, Señor, la horrorosa, enmascarada vorágine del mundo deshaciéndose en tus afueras, entre las manos de sus constructores; retornando al légamo de las espesas tinieblas, hundiendo sus basas en el aye eterno?

¿Qué son las espantosas bocas de los deseos, adheridas a pequeñas manchas rojas, a pequeños destellos sombríos,

sobre frágiles paisajes cándidos, anacrónicos, profanados?  
¿El grito ahogado en las alcobas bajo el tremendo peso de los cielos? ¿El fuego sucio corriendo tanto detrás de las sedas como de los harapos, devorado, junto a la casta agua, en medio del poema angelical de las flores y los nacarados follajes, por rostros y manos que aún conservan vestigios del divino diseño que les diste?

¿Qué es el monstruoso encorvarse de las almas buscando saciar su inmensa hambre en los pobrecitos, desollados bienes de la tierra, en las pequeñas llagas que llaman placeres? ¿El caos intencional del pecado; la aversión al Ser y la Vida en los hambrientos de ser y de vida?

Allí, en medio de ese lodazal, colocaste el Paraíso;  
la luz de la inmensa noche intacta;  
la Virgen que envuelve, diáfana, al Señor;  
la Mujer (y la Iglesia), inmensa como la luz de la noche; apogeo de la disposición femenina del Universo entero, de aquella pasión central que mira sólo a Dios:

(María, que mira sólo a Dios y dice: "*Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto*").

Allí también estás Tú, Niño, cargado de tenues resplandores divinos.

(Entre tus manecitas arden tu Nombre y tu ansiedad: "*Quita pronto los despojos, apresúrate a la presa*").

Allí, el coloquio de esos Rostros; los Amantes.

Y el maravilloso varón, vigoroso y obediente como la centella que parte de la nube; mira el Secreto y lo custodia con celo semejante al de sesenta valientes armados, con sus espadas en vela por causa de los temores nocturnos.

Todo lo colocaste en el seno del trágico lodazal de nuestra descomposición y la del mundo, mas, salvaguardado por tales condiciones que el ojo del impío no lo descubre.

Si se lo mostraras no verían más que una noche insoporable y en un rincón de ella a una pobre mujer que tuvo la desgracia de no encontrar, para parir su hijo, otro lugar que un pesebre.

Callaré, Señor, y ya no buscaré la senda que pudiera traer a mi hermano que está al otro lado del muro de ladrillos, hasta esta Gruta bendita. Profanarían la quietud y el silencio reverentes del estiércol, las piedras, los animales y las estrellas.

Y te matarían, como lo hacen cada Navidad, cuando te toman por pretexto para danzar y entregarse a la crápula en sus *clubs* y lupanares o para rendir culto de adoración a sus propios hijos.

+

Divino Sacramento de Vida y Amor escondido entre las peñas oscuras del mundo muerto: el ojo sensual no te ve.

Líbrame de las sangres, Dios, Dios mío.

Aquieta mi sucio aliento y los sucios latidos de mi sangre para que pueda oír, Niño adorado, aquel otro respiro, el tuyo, tierno, apenas perceptible, omnipotente en obras y en virtud, con el cual estás renovando de día en día las almas de tus santos, mientras el hombre exterior se disgrega y sus siglos se desmoronan.

+++